

EPISODIOS DE UNA GUERRA INTERMINABLE

---

Almudena Grandes

LOS PACIENTES  
DEL DOCTOR GARCÍA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

EPISODIOS DE UNA GUERRA INTERMINABLE

---

LOS PACIENTES DEL DOCTOR GARCÍA

1.ª edición: septiembre de 2017

© Almudena Grandes, 2017

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-432-2  
Depósito legal: B. 14.069-2017  
Fotocomposición: Moelmo, SCP  
Impreso por Liberdúplex, S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

0. Madrid, 30 de marzo de 1947 . . . . .	15
I. Hospital de sangre	
1. <i>Es 25 de julio de 1936 y Johannes Bernhardt está en Bayreuth</i> . . . . .	23
2. Madrid, 19 de noviembre de 1936 . . . . .	27
3. <i>Es 14 de diciembre de 1936 y Norman Bethune está en Madrid</i> . . . . .	59
4. Madrid, 5 de enero de 1937 . . . . .	64
5. <i>Es 6 de enero de 1937 y Clara Stauffer está en Salamanca</i> . . . . .	94
6. Valencia, 29 de mayo de 1937 . . . . .	98
7. Portugalete, 18 de julio de 1937 . . . . .	128
8. Madrid, 19 de noviembre de 1937 . . . . .	135
9. Bilbao, 4 de marzo de 1938 . . . . .	162
10. Madrid, 9 de febrero de 1939 . . . . .	169
11. Madrid, 12 de junio de 1939 . . . . .	200
II. Procesos infecciosos	
12. Amberes, 20 de septiembre de 1941 . . . . .	211
13. Palacio de Pokrovskaya, frente de Leningrado, Nochebuena de 1942 . . . . .	218
14. <i>Es 2 de febrero de 1943 y Josef Hans Lazar está en Madrid</i> . . . . .	246
15. Madrid, 16 de julio de 1943 . . . . .	250
16. <i>Es verano de 1943 y se inaugura el campo de concentración de Klooga, en el norte de Estonia</i> . . . . .	279
17. Frente de Narva, Estonia, 20 de septiembre de 1944 . . . . .	283

18. Berlín, 25 de abril de 1945 . . . . .	304
19. Berlín, 2 de mayo de 1945 . . . . .	311
20. Washington D.C., Estados Unidos de América, 21 de mayo de 1946 . . . . .	338
21. Taplow, Buckinghamshire, Inglaterra, 27 de julio de 1946 . . . . .	345
22. <i>Es octubre de 1947 y el Consejo de Control Aliado en España entrega una lista con ciento cuatro nombres al gobierno de Madrid</i> . . . . .	373

### III. Tumores infiltrados

23. <i>Es diciembre de 1949 y aparece en París el número 50 de la revista Les Temps Modernes</i> . . . . .	381
24. Madrid, 12 de diciembre de 1946 . . . . .	386
25. Berlín, 24 de febrero de 1947 . . . . .	414
26. Madrid, 7 de junio de 1947 . . . . .	421
27. <i>Es 4 de diciembre de 1947 y el presidente Perón recibe en la Casa Rosada</i> . . . . .	451
28. Madrid, 6 de enero de 1948 . . . . .	455
29. <i>Es uno de los últimos días de febrero de 1948 y Sefton Delmer está en Madrid</i> . . . . .	486
30. Madrid, 28 de noviembre de 1948 . . . . .	490
31. Berlín, 25 de julio de 1949 . . . . .	522
32. Buenos Aires, 2 de octubre de 1949 . . . . .	529
33. Madrid, 20 de diciembre de 1949 . . . . .	561

### IV. Puntos de sutura

34. Madrid, Casa de Campo, 1 de enero de 1950 . . . . .	571
35. Madrid, 16 de febrero de 1950 . . . . .	578
36. Rockport, Massachusetts, Estados Unidos de América, 1 de septiembre de 1950 . . . . .	609
37. Buenos Aires, 11 de noviembre de 1950 . . . . .	616
38. <i>Es 12 de enero de 1951 y Otto Skorzeny aterriza en Madrid</i> . . . . .	647
39. Madrid, 21 de octubre de 1952 . . . . .	651

40. <i>Es 21 de diciembre de 1959 y Dwight D. Eisenhower, presidente de los Estados Unidos de América, está en Madrid.</i> . . . . .	675
41. Toulouse, Casa Inés, 16 de agosto de 1968 . . . . .	679
42. Madrid, 26 de octubre de 1968 . . . . .	686
43. <i>Es 24 de marzo de 1976 y un grupo de generales argentinos da un golpe de Estado en Buenos Aires.</i> . . . . .	717
44. Buenos Aires, 30 de noviembre de 1976 . . . . .	722

## V. Las cicatrices duelen con los cambios de tiempo

45. Madrid, 12 de enero de 1977 . . . . .	733
-------------------------------------------	-----

<i>La historia de Guillermo.</i> Nota de la autora . . . . .	741
--------------------------------------------------------------	-----

<i>Los personajes.</i> . . . . .	753
----------------------------------	-----

# I Hospital de sangre

ES 25 DE JULIO DE 1936 Y JOHANNES BERNHARDT ESTÁ EN BAYREUTH.

El compositor Richard Wagner, al que esta pequeña ciudad del este de Alemania debe su fama universal, tiene mucho que ver con la visita de Bernhardt. De hecho, el coche en el que ha viajado desde Múnich se detiene precisamente ante la fachada de Wahnfried, la hermosa villa que el músico edifica aquí gracias al patrocinio del Rey Loco, Luis II de Baviera.

En 1936, la dueña de Wahnfried es Winifred Wagner, viuda y heredera de Siegfried, único hijo varón del compositor, al que su cuerpo da cuatro hijos antes de que su alma se entregue a otro amor. El acontecimiento más importante de su vida sucede en 1923, cuando un enérgico joven de treinta y cuatro años se presenta a la familia Wagner tras asistir a una función del Festival de Bayreuth. Es el líder del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, pero el motivo de su visita no es político. Está convencido de que no existe una obra comparable a la de Richard en toda la historia de la música y quiere dejar constancia de su fervor ante los herederos del compositor. La joven esposa de veintiséis años asiste en segundo plano a una apasionada declaración que inspira en ella una pasión aún más desmedida. Desde ese momento, Winifred vive exclusivamente por y para Adolf Hitler.

La íntima amistad del Führer con Winifred Wagner hace circular en Alemania toda clase de rumores durante más de una década. Johannes Bernhardt seguramente los conoce, y su ignorancia acerca de la dosis de verdad que puedan encerrar incrementa quizás su nerviosismo en la antesala donde espera la llegada de la pareja, que asiste en esos momentos a una impecable representa-



ción de *Sigfrido*. Desde allí no se escucha la orquesta, las voces de los intérpretes que han logrado arrancar a Hitler de Berlín para traerlo, una vez más, al Festival de Bayreuth y a la amorosa hospitalidad de Frau Wagner. Johannes Bernhardt ha hecho un viaje mucho más largo para estar aquí.

Hasta la mañana del 23 de julio de 1936, la trayectoria de este empresario alemán de treinta y nueve años es una anodina sucesión de fracasos. Sin perspectivas en su país, en la primera mitad de los años treinta emigra a España, pero tampoco tiene suerte en la Península. Va a buscarla en el Protectorado español de Marruecos y fija al fin su residencia en Tetuán, donde no consigue nada mejor que un empleo en una empresa alemana de importación y exportación. Pero Bernhardt, veterano miembro del Partido Nazi, actúa además como el hombre en Tetuán de la AO —*Auslandsorganisation der NSDAP*—, la organización exterior de su partido, y mantiene excelentes relaciones con el mariscal Hermann Göring. Así, el 17 de julio de 1936, la sublevación del Ejército español en Marruecos le ofrece la oportunidad que ha buscado durante años con mucho esfuerzo y poco éxito.

Bernhardt se apresura a ponerse en contacto con los militares rebeldes. No es, ni mucho menos, el único nazi que vive en España, ni siquiera el único del Marruecos español, pero sí el más rápido, el más audaz, el que obtendrá por ello el favor de la fortuna. Sin más argumentos, ninguna garantía más allá de su propia vehemencia, se ofrece para hacer de intermediario entre los militares golpistas y el mismísimo Führer, y ese alarde cambiará su vida para siempre.

El primer golpe de suerte de Bernhardt es que el comandante militar de Canarias sea, precisamente, Francisco Franco. El segundo, que cuando este todavía no es, ni mucho menos, la cabeza principal de una rebelión que dirige el general Mola por delegación del general Sanjurjo —jefe supremo de los rebeldes, muerto en un accidente de avión tres días antes—, acceda a reunirse con él en Tetuán, el 23 de julio por la mañana. El tercero, encontrar un avión de Lufthansa disponible y convencer a su piloto, Alfred Henke, de que le lleve a Berlín junto con el jefe del Partido Nazi en el Protectorado, Adolf Langenheim, y el capitán de avia-

ción Francisco Arranz Monasterio, jefe de las fuerzas aéreas sublevadas en Marruecos. Una vez completa la tripulación, sus miembros se hacen una foto ante el aparato en el que van a cruzar media Europa. En ella, Bernhardt posa con una sonrisa y un sobre en la mano.

A partir de ahí, la suerte, antaño esquiva, se alía descaradamente con él. A las cinco de la tarde del mismo día 23, el Junkers JU-52 despegó del aeródromo de Tetuán en dirección a Sevilla, donde Henke se arriesga a un aterrizaje forzoso, porque la pista de Tablada carece de luces de balizamiento y el motor del avión presenta una avería. Reparada en el mismo aeródromo, prosigue el vuelo hasta Marsella, donde está previsto repostar combustible. Los franceses exigen cobrarlo en francos, Bernhardt y sus compañeros no consiguen cambiar dinero, parece que su viaje termina allí, pero esos problemas también se resuelven, también de milagro, y logran proseguir hasta Stuttgart pese a que Henke, en principio, se niega a aterrizar en suelo alemán por miedo a las represalias que Lufthansa pueda ejercer contra él, un piloto civil que ha abandonado su base sin permiso. Desde Stuttgart, el vuelo hasta la capital de Alemania es un paseo.

Rudolf Hess, máximo responsable del NSDAP en Berlín en ausencia de Hitler, recibe a Bernhardt —autoproclamado jefe de la expedición pese a que Langenheim ocupa un cargo superior en el Partido— y decide apoyar su causa. Ofrece a los recién llegados su avioneta particular y los acompaña a Múnich, donde les espera un coche que les deposita en Wahnfried al atardecer del 25 de julio, mientras Adolf Hitler disfruta de la música de Wagner en el palco de su amiga Winifred.

Ella ha preparado una pequeña recepción para su invitado, pero al Führer le interesa más la carta que Bernhardt le trae desde Tetuán. Escrita a mano por el propio Franco, su contenido no rebasa la mitad de una cuartilla, dejando un espacio libre para añadir la traducción. Pero su portador, que se tomó el trabajo de copiarla, nunca la vertió por escrito al alemán. En el momento culminante de su existencia, prefirió leer directamente en su lengua materna estas palabras de Francisco Franco.

Excelencia,

Nuestro movimiento nacional y militar tiene como objeto la lucha contra la democracia corrupta en nuestro país y contra las fuerzas destructivas del comunismo, organizadas bajo el mando de Rusia.

Me permito dirigirme a V.E. con esta carta, que le será entregada por dos señores alemanes, que comparten con nosotros los trágicos acontecimientos actuales.

Todos los buenos españoles se han decidido firmemente a empezar esta gran lucha, para el bien de España y de Europa.

Existen severas dificultades de transportar rápidamente a la Península las bien comprobadas fuerzas militares de Marruecos, por falta de lealtad de la Marina de Guerra Española.

En mi calidad de jefe superior de estas fuerzas ruego a V.E. me facilite los siguientes medios de transporte aéreo:

10 aviones de transporte de la mayor capacidad posible; además solicito:

20 piezas antiaéreas de 20 mm.

6 aviones de caza Heinkel.

La cantidad máxima de ametralladoras y de fusiles con sus municiones en abundancia.

Además bombas aéreas de varios tipos, hasta 500 kg.

Excelencia,

España ha cumplido en toda su historia con sus compromisos.

Junto con esta carta, Bernhardt entrega a Hitler un croquis de la situación de la guerra, dibujado también a mano por Franco. El Führer, muy impresionado, se guarda ambos documentos.

Al día siguiente, ordena que se trasladen a España no diez, sino veinte aviones de transporte con sus tripulaciones completas y todo el material bélico que se pueda cargar en ellos.

A lo largo de la siguiente semana, esos veinte Junkers alemanes llevan desde Marruecos hasta Sevilla a unos quince mil soldados.

Francisco Franco no olvidará jamás el favor que le ha hecho Johannes Bernhardt.

MADRID, 19 DE NOVIEMBRE DE 1936

La verdadera matanza empezó el día 16. En la Puerta del Sol, una bomba alemana de quinientos kilos abrió un agujero que dejó a la vista los raíles del metro sembrados de cadáveres. Desde entonces hasta que mi jefe me mandó a casa a dormir, los bombardeos no habían cesado, ni de día ni de noche.

—No quiero verte por aquí hasta las ocho y media —cuando estaba a punto de replicar, levantó la mano en el aire—. Vete a tu casa y métete en la cama. Es una orden.

A las dos de la mañana del 19 de noviembre de 1936, llevaba casi cuarenta y dos horas encerrado en el hospital de San Carlos. Había dormido un rato en un catre de la sala de guardias y había bebido litros de café. Lo demás había sido el infierno.

Cuando me quité la bata húmeda y sucia, empapada de manchas de sangre de muchas personas distintas, había perdido ya todas las cuentas. No habría sabido calcular cuántos miembros había amputado, cuántas heridas había cosido, cuántas veces me había visto obligado a decidir entre dos cuerpos destrozados para regalarle a uno —vamos, que yo creo que a esta la sacamos adelante— la vida, para darle a otro —a este lo dejamos, que no hay nada que hacer— la muerte. Al final, ya ni siquiera me acordaba de bajar el volumen de mi voz antes de emitir el veredicto.

Estaba tan cansado que no llegaba a percibir mi propio agotamiento, pero no tenía sueño. Me sentía misteriosamente despierto, como si me hubieran brotado un par de sentidos de más, capaces de suplantar a mis antiguos nervios para sumergirme en una vigilia

insana y amarilla. Mis ojos percibían un resplandor apagado, imposible, nimbando los contornos de todas las cosas, mis oídos distinguían un eco en cada sonido, mis pies avanzaban sobre el suelo como si flotaran, como si nadaran en un estanque turbio, entre vapores de agua caliente. Todo era lento y frenético a la vez mientras seguían llegando cuerpos, y más cuerpos, y otros cuerpos destrozados, sus dueños a veces conscientes, otras no, y casi todos lloraban, chillaban, se quejaban, pero algunos sólo miraban a su alrededor en silencio, con los ojos muy abiertos. Esos eran los peores, porque presentían que iban a morir, y eran pocos pero eran muchos, eran tantos para ser tan pocos, nosotros tan inútiles para salvarlos, que a veces se me olvidaba todo, quién era yo, qué hacía allí, qué nos estaba pasando. Hasta que veía una posibilidad, un cuerpo casi entero, un corte limpio, un rosario de heridas de metralla, aparatosas pero superficiales, y entonces, en un instante, me acordaba de todo, vamos, deprisa, que con este podemos...

—Te lo digo en serio, Guillermo, así no me sirves para nada. Lo único que nos falta es que te desplomes y te abras la crisma. Hazme caso, por favor.

El último de aquella noche era un niño grande, un muchacho de trece o catorce años que había llegado sin pies, la pierna derecha reventada justo debajo de la rodilla, la izquierda hacia la mitad del muslo.

—Muy bien —levanté la vista de aquel destrozo para mirar a mi jefe y asentí con la cabeza—. Termino con este chaval y me voy, te lo prometo.

Era muy guapo. Tenía la nariz pequeña, la boca carnosa, las pestañas largas, espesas, la frente ancha y una mandíbula cuadrada, varonil. Lo primero que pensé al verle fue que habría vuelto locas a las chicas de su calle si la puntería de un piloto que ni siquiera habría sabido pronunciar su nombre no le hubiera dejado tullido para siempre. Después me fijé en el papel que asomaba del bolsillo de su camisa, una hoja cuadriculada, arrancada de un bloc, doblada en cuatro, cinco líneas escritas a lápiz con una caligrafía picuda de colegio de monjas y una sola falta de ortografía. «1/4 de leche. 1/2 de arina. 1/2 de huevos. 2 huesos de jamón. Y el pan.» Después de leerla, volví a meter la nota en su bolsillo

y mientras le cosía los muñones pensé sólo en su madre, la mujer que se torturaría durante el resto de su vida por haber mandado a su hijo a la calle a hacer los recados precisamente ese día, precisamente a esa hora, si es que no había muerto en el mismo bombardeo.

Después de haber respirado durante tantas horas la atmósfera viciada, caliente, del hospital, el aire de la calle me hizo casi daño y me sentó bien al mismo tiempo. Hacía mucho frío, aquella noche volvería a helar, pero el portero me ofreció un cigarrillo y se lo acepté. No tenía prisa, entre otras cosas porque no sabía cómo iba a arreglármelas para llegar a casa.

—En un taxi —pero Bernabé siempre lo sabía todo y me dio, junto con la solución, un informe abreviado de cómo se habían puesto las cosas durante mi encierro—. En el primero que llegue, no se preocupe. El Ayuntamiento ha tirado de ellos porque las ambulancias no dan abasto, y los coches fúnebres, ya no digamos. Llevan todo el día yendo y viniendo, trayendo heridos, llevándose cadáveres. En el cementerio han empezado a cavar fosas comunes, ¿sabe?, porque no pueden enterrar como es debido, de tantos muertos como hay...

Mientras terminaba de decirlo, avanzó unos pasos con el brazo en alto para parar un taxi que iba, en efecto, a la morgue del hospital, y convenció a su conductor de que era mucho más importante que me llevara a mí a la calle Hermosilla. Él aceptó sin rechistar y no quiso cobrarme la carrera.

—Fíjese en mi cara —dijo solamente, con una sonrisa—, y si me encuentra mañana encima de una camilla, trátame bien.

—Ojalá no haga falta, muchas gracias.

La calle estaba desierta, pero su aspecto no parecía distinto al que habría ofrecido en la madrugada de cualquier otro jueves de otoño excepto por las detonaciones de las bombas que se oían muy lejos, los resplandores que iluminaban el cielo de otros barrios de la ciudad. En noviembre de 1936 todavía no sabíamos que los pilotos de la Legión Cóndor tenían instrucciones de no bombardear el barrio de Salamanca, donde residían las mejores familias de la ciudad y la de algún que otro advenedizo, como mi abuelo Guillermo, el respetabilísimo comisario de policía que había podido

comprarse un buen piso en aquel barrio gracias a los secretos ingresos de su triple vida.

«Tengo un agujerito, aquí, aquí, que me habla por las noches y no me deja dormir...» Ningún vecino de Hermosilla 49 habría sospechado que la letra de aquel cuplé, y las de otros aún más picantes, fueran obra de don Guillermo Medina, policía a jornada completa y dramaturgo por vocación en sus ratos libres, que cada temporada tenía mucho gusto en invitarles al estreno de un dramón histórico, en verso o en prosa, que firmaba con su propio nombre. «Y me dice, ¿qué me dice?, pues me dice, chica, ocúpate de mí, que así no puedo seguir...» Pero aquellas obras tan serias representaban un porcentaje muy pequeño de los ingresos que mi abuelo percibía por otros textos que firmaba con seudónimo, vodeviles, libretos de revistas atrevidas y, sobre todo, letras de cuplés como aquel, que se había hecho célebre. «Y di que sí, y di que sí, tápame este agujerito que no me deja vivir...»

Aquella producción literaria clandestina, de calidad muy superior a la de su obra dramática y cuya escritura le divertía mucho más, aunque se sintiera culpable por ello, había pagado el bienestar de su familia, una casita en Zarauz, mi carrera de Medicina y el principal derecha de un edificio que parecía aquella noche tan tranquilo como si perteneciera a una realidad aparte, una ciudad distinta de la mía. Tardé muy poco tiempo en comprobar que no era así.

—¡Señorito Guillermo! ¡Señorito Guillermo!

Ni siquiera había tenido tiempo para quitarme los zapatos. Estaba colgando el abrigo en el perchero cuando escuché el eco amortiguado de unos nudillos que tanteaban la puerta como si no se atrevieran a golpearla, y un susurro entrecortado y desconcertante, casi llanto.

—¡Señorito Guillermo, ábrame, por Dios bendito!

Ni siquiera después de reconocer esa voz llegué a creer que estuviera reclamándome de verdad aquella noche, a las dos y media de la madrugada, pero estaba tan cansado que abrí la puerta sin pensar y comprobé que había acertado. El piso de enfrente estaba vacío desde que su dueño se marchó de veraneo con una puntualidad prodigiosa, tres días antes del golpe de Estado que había

desencadenado la guerra. No se me ocurría ningún motivo para que su criada estuviera frente a mí con una crisis nerviosa, la cara bañada en llanto, pero así era.

—¿Qué te pasa, Experta?

Su manera de responder fue dejarse caer entre mis brazos mientras volvía a llorar con tantas ganas que los sollozos no le consintieron articular palabra. Cerré la puerta con el pie, la senté en una de las butacas del recibidor, le sujeté la cara con las manos, se lo pedí por favor y ni aun así logré que hablara. Cuando volví de la cocina con un vaso de agua y la obligué a bebérselo, tampoco progresé mucho.

—¡Ay, señorito Guillermo! ¡Ay, señorito! —me agarró de los brazos como si necesitara apoyarse en ellos para levantarse, y ya no me soltó—. Ayúdeme, por el amor de Dios, señorito Guillermo, venga conmigo, venga...

—Experta, llevo dos días sin dormir —pero ya me arrastraba consigo hacia la puerta—. Mañana...

—No, no puede ser mañana, señorito, no puede ser mañana, venga, venga conmigo, por lo que más quiera...

Hasta que la muerte le impidió darle la última revancha, mi abuelo había jugado una partida de ajedrez con don Fermín todos los domingos por la tarde, una semana en nuestra casa, otra en la suya, alternando las sedes igual que los equipos de fútbol. Como suele suceder con los rivales eternos, su nivel era muy parejo, aunque por lo general don Guillermo ganaba seis partidas de cada diez. Yo llegaría a mejorar ese porcentaje, pero mucho antes de que se le ocurriera enseñarme a mover las piezas, me aficioné a acompañar a mi abuelo en las partidas en campo contrario. Su criada no cocinaba tan bien como la nuestra y casi siempre se le quemaban los picatostes, pero la compañía de Amparito compensaba los desastres de la sartén de Experta. Aquella niña también vivía con sus abuelos, aunque no era huérfana. Su padre, ingeniero, trabajaba para una compañía alemana que explotaba unos yacimientos de mineral en la provincia de Huelva, y su mujer, que vivía con él en una casa levantada al borde de la mina, a kilómetros del pueblo más cercano, iba dejando a sus hijos en Madrid a medida que empezaban a ir al colegio. Amparo era la pequeña y la única per-



sona de mi edad con la que podía encontrarme los días que no tenía clase. Estaba acostumbrado a jugar solo, pero me gustaba más jugar con ella.

En aquella época nos llevábamos muy bien e inventábamos juegos nuevos todas las semanas, aunque lo que más nos gustaba era escondernos, encerrarnos en un armario, en la despensa, detrás de los cestos del cuarto de la plancha, y quedarnos muy quietos, cogidos de la mano, hablando en susurros hasta que escuchábamos los gritos de los adultos que nos buscaban por toda la casa. Nuestro escondite favorito era la parte inferior de una gigantesca librería de madera que ocupaba por completo una de las paredes del despacho de don Fermín. Aquel mueble hecho a medida tenía un cuerpo inferior, de casi un metro de alto y otro de ancho, cuyo interior estaba hueco, porque los libros que había en aquella casa no bastaban para rellenar los estantes superiores que ascendían hasta el techo escalonadamente, como los perfiles de una pirámide azteca. Y mientras nuestros abuelos permanecían absortos en el tablero, los dos reptábamos por el suelo, abríamos la puerta central muy despacio para que no chirriaran los goznes, y después de cerrarla con el mismo sigilo, nos sentábamos dentro, a esperar.

Aquel juego que, como casi todos, se le había ocurrido a Amparo, tenía la virtud de reunir la emoción y la quietud, un hallazgo capaz de suspender el tiempo, que dejaba de pasar cuando nos apretábamos en un cajón de madera que me enseñó algo todavía más precioso. El olor de la cera se confundía con el de la infusión de manzanilla en la que ella se lavaba el pelo para perfumar una oscuridad compacta, que se tornaba ambigua, luminosa, mientras ambos respirábamos al unísono, compartiendo una complicidad aún más extraña, más grave también por la precariedad de la frontera que nos aislaba de todo lo demás. Mi abuelo, el suyo, Expert, la merienda y los balcones que se volcaban sobre una acera repleta de desconocidos, estaban al otro lado de una simple puerta de madera, y sin embargo, hasta que alguien la abría, era como si la realidad se hubiera desvanecido para dejarnos solos, para dejarme a solas con el cuerpo de Amparo y con mi propio cuerpo, nuestras manos entrelazadas, nuestros dedos apretándose como si pretendieran fundirse entre sí cuando alguien, fuera de aquel mundo que

ya era el único que existía, pronunciaba nuestros nombres en voz alta. En aquel mueble del despacho de don Fermín, con Amparo, por Amparo, yo descubrí la naturaleza de la intimidad. Después, todo se acabó de repente.

Tenía un año menos que yo, pero era mucho más espabilada. Me lo demostró de una vez por todas un domingo de otoño de 1927, cuando yo iba camino de los catorce años y ella acababa de cumplir doce, y fue en mi casa, en un despacho abarrotado de libros desde el suelo hasta el techo. Para aquel entonces, los dos sabíamos ya jugar al ajedrez, y hasta echábamos una partida de vez en cuando aunque a ella no le gustaba, porque siempre acababa perdiendo pese a que hacía trampas todo el tiempo. Me pedía que le trajera algo de la cocina, unas galletas, un vaso de agua, una onza de chocolate, y me cambiaba la reina de sitio o me quitaba una torre. Al volver, yo recuperaba la pieza que me había quitado o devolvía a la reina a su lugar, para que ella protestara mucho, me llamara tramposo y tumbara a su rey para acabar antes.

Aquella tarde, sin embargo, se empeñó en que nos sentáramos a mirar la partida frente a frente, como dos escuderos, cada uno al lado de su abuelo. Y justo antes de que el mío diera el primer jaque, en un momento en el que nuestras miradas se cruzaron, se recostó en su silla, se subió la falda, abrió las piernas y me enseñó las bragas. Era un juego más, pero yo no conocía sus reglas e interpreté la visión de aquel immaculado triángulo de algodón blanco como una agresión. Durante un instante, la vergüenza que ardía en mis mejillas contrastó con el estupor que había privado de color al rostro de Amparo, pero fue sólo un instante, y no pude invertirlo en descifrar su palidez porque lo necesité para levantarme de la silla e irme corriendo a mi cuarto. Luego, tumbado en la cama, boca abajo, repasé aquella escena, la entendí a medias, y una vergüenza distinta, la del pardillo torpe, ignorante, que acababa de consumir un ridículo espantoso, me torturó durante toda la semana. El domingo siguiente no fui con mi abuelo a casa de don Fermín. Luego se murió la abuela de Amparo y las partidas se interrumpieron durante una temporada para reanudarse sin mí. Desde entonces hasta la madrugada del 19 de noviembre de 1936, no había vuelto a traspasar el umbral de aquella casa.

Pero todavía me acordaba de todo, me acordaba muy bien, y cuando entré detrás de Experta en el despacho, estaba seguro de que nunca había habido un candado en la puerta. Aún recordaba mejor que la librería siempre había estado adosada a una pared que ahora parecía recién pintada, más blanca que el resto de la casa, y no detrás de la mesa de despacho, donde bloqueaba el acceso al dormitorio principal, pero Experta no se detuvo a explicarme aquellos cambios. Abrió la puerta central del cuerpo inferior de la librería tan sigilosamente como la había abierto yo muchas veces, se puso de rodillas, entró a gatas en mi escondite de antaño y llamó con los nudillos a otra puerta, la del dormitorio que, en efecto, estaba detrás del mueble. Alguien la abrió desde dentro y pasó. Entonces, cuando ya no la veía, volvió a dirigirse a mí.

—Pase, señorito Guillermo, pero tenga cuidado, no vaya a hacerse daño.

Cuando atravesé el hueco, me asombró el tamaño de mi cuerpo, la dificultad con la que me movía en aquel agujero donde había estado tan cómodo tantas veces. Pero antes de entrar en el dormitorio de don Fermín empecé a oler a cadáver, y esa pestilencia siempre urgente, inconfundible para mí en la madrugada del 19 de noviembre de 1936, desterró mis recuerdos infantiles al rincón de las cosas sin importancia.

Al asomar la cabeza vi a Experta con las manos tendidas hacia delante, igual que antes, cuando nos sacaba de aquel mueble como si tirara de dos arenques enroscados en un tonel, pero me levanté solo mientras mi nariz guiaba mi cabeza hacia la izquierda. Allí, en una solemne cama matrimonial de madera labrada, yacía don Fermín Martínez con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho y un rosario entre los dedos rígidos, las puntas de las yemas casi tan azules como la casaca del uniforme de diplomático con el que le habían amortajado. Para rematar la absurda extravagancia de su estampa, un sable reposaba en paralelo a su pierna derecha, mientras, al otro lado, un bicornio azul rematado con plumas blancas flanqueaba su cintura. ¿Pero esto qué es?, me pregunté al verle en aquel cuarto cerrado a cal y canto, mientras respiraba un aire venenoso, impregnado por los vapores de la descomposición.

Mi pregunta tenía más de un sentido, porque una mañana de julio, cuando iba al hospital, me había encontrado con Experta en el portal. Cargaba con una cesta llena de trapos, bayetas y productos de limpieza que parecía muy pesada y me ofrecí a subírsela hasta el principal, pero no me lo consintió. La dejó en el suelo mientras me explicaba, con mucho más detalle del que habría hecho falta, que don Fermín se había ido a San Rafael, que una hermana suya tenía una casa allí, que no hacía falta que me contara a mí lo bien que le sentaba el aire de la sierra y que, había que ver, qué fatalidad, el frente se había quedado precisamente en San Rafael, o sea, que don Fermín estaba en la otra zona, y aunque no sabía nada de él, había decidido recoger la casa, y que por eso... ¿Qué coño es todo esto?, volví a preguntarme, pero como la respuesta ya no corría prisa, dije lo que tenía que decir mientras me dirigía hacia la cama.

—Abre el balcón, Experta.

—No, señorito, es que...

—Abre el balcón ahora mismo —me saqué el pañuelo del bolsillo y me lo puse en la boca antes de examinar el cadáver—. Apaga la luz, si quieres, pero ábrelo o te vas a morir tú también. Hay que ventilar esta habitación cuanto antes...

Aunque dejó tres cuartas partes de la persiana bajada, el aire helado encontró una salida por el hueco de la librería y cruzó el cuarto como una bendición. Experta había apagado la lámpara del techo para que no se viera luz desde la calle, pero la lamparilla de lectura enganchada en el cabecero me bastó para comprobar que mi vecino llevaba muerto más de veinticuatro horas.

—¿Cuándo murió? —pregunté de todas formas, y sólo al escuchar una voz inesperada, recordé que, por fuerza, alguien había tenido que abrir la puerta antes, desde dentro.

—Ayer por la mañana —ese alguien era Amparo.

Apoyado en la pared opuesta a la que ocupaba la cama había un sillón de orejas, y desde allí, más derrengada que sentada, con la pierna derecha atravesada sobre el brazo del mueble y el cuerpo torcido, una mujer vestida con un pijama de hombre me miraba. En la espesa penumbra del dormitorio, la arrogante señorita en la que había desembocado mi vieja compañera de juegos se parecía

más a una marioneta desvencijada, abandonada por un niño caprichoso, que a sí misma, aunque se enderezó tan pronto como si ella también se hubiera dado cuenta.

—¿Ayer, martes 18?

Se levantó despacio, cerró los ojos y se frotó la frente con una mano antes de acercarse a mí.

—Ayer... —la pobre luz de la lamparilla prestó a la amarillenta palidez de su piel una apariencia casi fantasmal—. No, espera, porque ya...

—Ya es miércoles —la ayudé, mientras calculaba que debía de hacer más de cuatro meses que no pisaba la calle—. Estamos a 19 de noviembre.

—Claro, entonces el lunes... El lunes por la mañana.

No había vuelto a cruzar tantas palabras con ella desde que una tarde de octubre de 1933 me la encontré sentada en el salón de mi casa. No estaba sola, pero entre las mujeres que la acompañaban reconocí a su hermana Asun, y creí que las dos señoras mayores que flanqueaban a mi abuela en el sofá eran amigas suyas. No tenía ninguna intención de intervenir en lo que parecía una merienda de vecinas, pero mientras meditaba una fórmula airosa para saludar y esfumarme sin más, la intervención de una de aquellas desconocidas activó el misterioso mecanismo que, de vez en cuando, instalaba una luz cegadora, despiadadamente blanca, entre mis cejas.

Conocía bien aquel síntoma, el preludio de la ira que estaba a punto de apoderarse de mí para desencadenar un fenómeno todavía más extraño. Yo era un hombre tranquilo. Antes había sido un niño prudente, incluso cobarde según los códigos del patio del colegio. Me había criado entre adultos, una madre enferma, dos ancianos, y rehuía las peleas por motivos más propios de mi abuelo que de un niño de mi edad. Era muy flaco, llevaba gafas y corría más deprisa que la mayoría de mis compañeros, así que no me ofendía con facilidad y me zafaba sin contratiempos de las provocaciones. Hasta que el matón oficial de mi curso se fijó en mí. Se llamaba Miguel Salcedo y no había vuelto a dirigirme la palabra desde nuestro primer día de colegio. Aquella mañana, mi abuelo se paró a saludar a su padre y entramos juntos en la clase de pár-

vulos, pero los dos habíamos cumplido ya once años cuando volvió a prestarme atención.

Yo estaba solo, como casi siempre, mirando a los que jugaban al fútbol, cuando una piedrecita me alcanzó en el centro de la espalda. Era tan pequeña que no me hizo daño, pero cuando la segunda se estrelló contra mi pantorrilla, comprendí que no me estaban cayendo encima por casualidad. Antes de que me diera tiempo a planear una fuga, la tercera piedrecita me dio en la nuca y una desconocida blancura resplandeció entre mis cejas mientras sentía que todo mi cuerpo empezaba a temblar. No era cierto, porque antes de quitarme las gafas miré mis manos y las encontré firmes, tan seguras que seguí mirándolas, observé cómo doblaban mis dedos las patillas de mis gafas, cómo las dejaban en el suelo con cuidado, y comprobé que todo esto sucedía a una velocidad normal, aunque aquella luz blanca parecía imprimir una lentitud peculiar a todo cuanto me rodeaba. Y era fría. Durante el último instante en el que pude pensar, pensé que aquella sensación era tan fría como si una gota de agua helada se hubiera infiltrado en el hueco de cada uno de mis huesos, pero enseguida sucumbí al calor. Sin saber bien qué iba a hacer, ni por qué lo hacía, crucé el patio a toda velocidad, embestí a Salcedo con la cabeza y lo tiré al suelo. Cuando nos separaron, Miguel tenía sangre en el labio inferior y yo en ninguna parte, pero en el despacho del director, mi víctima tuvo la valentía de reconocer que había empezado él. Aquel gesto no evitó que nos castigaran a ambos por igual, pero nos dio la oportunidad de hacernos amigos. Miguel Salcedo inauguró una larga tradición. A partir de aquel día, mis mejores amigos siempre serían más bajos y más fuertes que yo. Todos sabrían desenvolverse mucho mejor en una pelea, y sin embargo, ninguno llegaría a tener jamás ni la mitad de la mala hostia que se apoderaba de mí cada vez que se encendía una luz blanca entre mis cejas.

—Pues claro que sí, Aurora, si es por una buena causa. Figúrese, comprar colchones para esa gente tan necesitada...

Al principio creí que mi reacción se debía a que la tercera piedra me había dado en la cabeza, pero pronto descubrí que el contacto físico no era imprescindible y, aquella tarde, unas pocas palabras bastaron para encender esa luz.

—Porque los tienen engañados, ¿o qué cree usted? ¿Que esas pobres mujeres que se desloman para sacar a sus hijos adelante no son buenas cristianas? Pero, claro, sus maridos, que son unos vagos, todo el día en la taberna, escuchando barbaridades...

En octubre de 1933 ya había aprendido a gobernar mis accesos de ira. El control no disminuía la cantidad ni la calidad de mi mala hostia, pero me ayudaba a no resolverla a cabezazos. Antes de entrar en el salón, conté despacio desde el uno hasta el cinco, e impuse a mis pasos una lentitud exagerada para contar desde el seis hasta el diez mientras atravesaba la habitación. Esa técnica alarmó a la única mujer que sabía interpretarla en la misma medida en que animó a las demás a recibirme con una sonrisa.

—Los colchones nos servirán para llegar hasta ellos, para hablarles y...

—Y para comprar sus votos —al escucharme, mi abuela se tapó la cara con las manos mientras las demás me miraban como si hubiera hablado en una lengua extranjera—. Para darles a elegir entre votar a la CEDA, que sólo les traerá más miseria, o seguir durmiendo en el suelo.

Yo era un hombre tranquilo, y había aprendido a seguir pareciéndolo mientras el calor y el frío luchaban a muerte en mi interior. Quizás por eso, Amparo se dirigió a mí con naturalidad, en un tono amable, desprevenido.

—Pero ¿por qué hablas así, Guillermo? Parece mentira, ni que nos conociéramos desde ayer... Eres muy injusto. Las izquierdas hacen de todo, ¿no?, ellos no se andan con chiquitas, y nosotras... Es una obra de caridad.

—¿Sí? —me acerqué tanto a ella que se levantó para encararme—. A mí me parece más bien una cabronada, y por eso voy a votar a cualquier partido que acabe para siempre con vuestra caridad —le di la espalda para dirigirme a la única persona con poder para disolver aquella reunión—. ¿Qué quieres, abuela, que tu marido se levante de su tumba para maldecirnos?

Aquella noche le pedí perdón de todas las formas que se me ocurrieron. Le prometí que nunca volvería a hacer nada parecido y cumplí mi promesa, pero antes, al comprobar que mi intervención la avergonzaba demasiado como para despedir a sus invita-

das, asumí el papel del hombre de la casa con la única amiga de mi infancia.

—Largo de aquí. Habéis llamado a una puerta equivocada y tú lo sabías de sobra, Amparo. Porque tienes razón, no nos conocimos ayer, precisamente.

A partir de aquel día, dejamos de saludarnos cuando nos cruzábamos por la escalera. Luego, ella se radicalizó. Yo también, pero no llegué a apreciar completamente la intensidad de aquella mutua metamorfosis hasta que una tarde, poco antes de que terminara 1935, nos encontramos en el descansillo. Amparo salía de casa de sus abuelos, yo volvía a la de los míos y en la calle hacía mucho frío, pero se desabrochó el abrigo para dejarme ver que iba disfrazada aunque faltaran dos meses para Carnaval.

—¡Arriba España! —gritó mientras levantaba el brazo derecho.

Llevaba una camisa azul con el yugo y las flechas bordadas en rojo, una falda gris, muy ceñida, que le sentaba estupendamente y unos zapatos de tacón negro muy altos. La encontré tan guapa que cualquier otro día la habría piropeado. Cualquier otro, aquel no.

—Que te den, Amparito.

Al escucharme, soltó un bufido, se ató el cinturón del abrigo como si pretendiera privarse de respiración a sí misma y sólo me respondió cuando ya había descendido tres escalones.

—¡Hay que ver! —no se volvió a mirarme—. Qué ordinario te has vuelto, Guillermo.

Yo la miré desde arriba, disfrutando del movimiento que aquellos zancos imprimían a sus caderas, hasta que dio un traspie y tuvo que agarrarse a la barandilla con las dos manos para mantener el equilibrio y hacerme disfrutar todavía más. Mientras la miraba, pensé que era una pena que ya no quisiera enseñarme las bragas y me avergoncé de mí mismo por la ordinariez que se me acababa de ocurrir.

Casi un año después, mientras los dos respirábamos la muerte de su abuelo, le abrí los brazos y se refugió en ellos como si no hubiera pasado nada desde la última vez que nos escondimos en el hueco de la librería.

—Lo siento muchísimo, Amparo —y todavía me apretó más fuerte, porque sabía que le estaba diciendo la verdad.



Nuestros abuelos habían mantenido durante décadas una amistad profunda e incomprensible. Más allá del ajedrez, no tenían nada en común, y sin embargo, pese a las diferencias políticas, religiosas y morales que les animaban a militar en posiciones antagónicas, ambos cultivaban una afinidad recóndita, casi secreta, cuya naturaleza tal vez incluso desconocían. Ambos eran, cada uno a su manera, muy simpáticos, hombres amables, curiosos, aficionados a la conversación y a las discusiones. Yo siempre le había tenido cariño a don Fermín y no lamenté sólo su muerte. También me dolió la fealdad de su agonía, la angustia de aquel encierro, la soledad que habría compartido con su nieta en la tristeza de una habitación asfixiante, su sufrimiento callado y clandestino. Pero mi duelo, además de sincero, fue muy breve. Las sirenas que anunciaron a lo lejos un nuevo bombardeo me devolvieron de golpe a una realidad en la que no sobraba un segundo para los recuerdos, menos aún para las lamentaciones.

—Muy bien —dije en voz alta, mientras despegaba con suavidad a Amparo de mis brazos—, ahora vamos a salir los tres de esta habitación. Nos vamos a sentar en el despacho, tranquilamente, y me vais a contar lo que ha pasado. Necesito saberlo.

La versión que conté en el hospital unas horas después no era demasiado fiel al relato original, pero resultó mucho más eficaz.

—Tú no has dormido mucho —me espetó mi jefe como todo saludo.

—No, la verdad, pero es que anoche me pasó una cosa... —hice una pausa para levantarme las gafas y pellizcarme la nariz, como si necesitara encontrar el hilo de un discurso que había ensayado hasta aprendérmelo de memoria—. Al llegar a casa, me encontré con mi primera novia, una chica del barrio que me contó que su abuelo había muerto dos días antes, por lo que entendí de un infarto. Estaba desesperada, porque en la funeraria le habían dicho que no podían ocuparse de nada. Tienen el depósito lleno y no dan abasto —mi jefe asintió con la cabeza, no le estaba contando nada nuevo, y lo demás fue más fácil porque era verdad—. Ella estaba sola con él, sus padres se marcharon de veraneo antes del golpe, y cree que su familia tiene una sepultura en Madrid pero no ha encontrado los papeles. Total, que a la hora de comer, si no te pa-

rece mal, voy a llevarlo a la tumba de mi abuelo, para enterrarlo allí. Ya he rellenado el certificado de defunción, en la morgue me han dado un impreso para el cementerio y Bernabé ha quedado en avisar a un taxista.

—¿Has buscado a alguien para que te ayude a cavar? —asentí con la cabeza y él movió la mano para quitarle importancia a todo lo demás—. Pues muy bien, Guillermo, haz lo que tengas que hacer pero ahora ponte a trabajar, que nosotros estamos peor que las funerarias.

Eso era tan cierto que mientras cortaba, cosía y cauterizaba a destajo, apenas tuve tiempo para repasar mi plan. Ni siquiera recordé que Amparo me había obligado a contar hasta diez tantas veces en tan poco tiempo que, si no hubiera sido por Experta, la habría dejado a solas con el cadáver de don Fermín en medio de la calle.

—¿Y el cura?

Hasta aquel momento había alternado los accesos de llanto y los brotes de indignación para negarse, sucesivamente, a enterrar a su abuelo sin condecoraciones, sin sable, sin sombrero y sin ataúd. Mientras Experta y yo lo envolvíamos en una sábana blanca, después de transportarlo sin su ayuda hasta el recibidor de mi casa, se sentó en el suelo a mirarnos trabajar y me advirtió que jamás me lo perdonaría. Parecía exhausta de furia y de llanto, pero cuando me oyó quedar con Experta en el cementerio a las dos y media, se levantó de un salto y me agarró del abrigo con tanta fuerza como si hubiera desayunado huevos fritos con tocino después de dormir nueve horas.

—¿Cómo vamos a enterrarlo sin un cura?

—Al cura lo buscas tú, Amparo —eran las ocho y diez de la mañana, yo había dormido sólo cuatro y ya estaba de ella hasta los cojones—. A ver si lo encuentras...

—Pues yo no lo entierro sin cura, y además no pienso quedarme aquí sola con el abuelo —hizo un puchero mientras señalaba al cadáver— y con esto —su índice descendió hasta una bolsa de viaje que no había perdido de vista ni un instante, mientras la indignación reemplazaba al llanto una vez más—. A saber qué amigos tienes tú, y quién puede venir, y... Así no se hacen las cosas, Guillermo.

—¡Ah!, ¿no? —en ese instante dejé de contar, me volví hacia ella y estuve a punto de darle un bofetón.

—Déjela —pero Experta me agarró del brazo con las dos manos antes de que la mía llegara a su destino—, déjela, señorito Guillermo, ya hablo yo con ella, es que está muy nerviosa, no sabe lo que dice.

Esta ciudad está en guerra. Tus amigos nazis bombardean de día y de noche las casas, las calles, los colegios, los mercados. No sabemos qué hacer con los heridos, estamos enterrados en cadáveres, y yo, que hago muchísima falta en mi hospital, estoy dispuestos a perder el tiempo contigo, a firmar un certificado de defunción con un nombre inventado para no ponerte en peligro, a enterrar a tu abuelo con mis propias manos sin contarle a nadie la verdad. Que a finales de mayo empezó a comprar oro como un descosido porque sabía que en verano se iban a sublevar unos cuantos generales. Que el gilipollas de tu tío Ernesto le convenció de que no merecía la pena que se marchara de Madrid porque el golpe iba a triunfar. Que el 21 de julio, cuando el golpe ya había fracasado, alguien fue a veros de su parte para pedirnos que no salierais de casa y que esperarais allí a que vinieran a buscaros. Que nadie vino a buscaros jamás. Que el único contacto que habéis tenido con el mundo desde entonces ha sido una pobre mujer que cada dos o tres días venía desde Vallecas de madrugada, para traeros comida sin que la vieran ni el portero ni los vecinos. Todo eso me he callado y ni siquiera sé por qué hago esto. No sé por qué estoy colaborando contigo, que eres el enemigo, Amparo...

—Ya lo sé, señorito Guillermo, ya lo sé —Experta acertó a leerme el pensamiento y me cogió de las manos, las apretó con fuerza, me dirigió una mirada húmeda, implorante—. Es usted muy bueno, muy bueno, le agradecemos en el alma todo lo que está haciendo, figúrese, pero es que la señorita tiene un carácter... Perdónela, señorito Guillermo, por favor, perdónela...

Asentí con la cabeza y me marché a trabajar. Cuando volví, en el mismo taxi que Bernabé me había buscado la noche anterior, había logrado recuperar la paciencia acorazándome en un solo pensamiento. Una hora, me decía, a lo sumo dos. Dos horas, y adiós para siempre.